

Radiografía del saqueador de clase media

Martín Maldonado

(Investigador del Conicet y del Centro experimental de la vivienda económica- Ceve-)

Artículo publicado en la sección Opinión del Diario La Voz del Interior del día domingo 15 de diciembre.

...

Texto:

Entre los muchos sinsentidos que nos han dejado los saqueos, persisten las siguientes preguntas: ¿Cómo es posible que gente de clase media haya robado en supermercados? ¿Cómo explicar la violencia, las agresiones y los destrozos contra pequeños comercios de barrio? ¿Quiénes eran los armados con palos y piedras dispuestos a todo?

Muchos de los nuevos fenómenos sociales aún no tienen nombre, pero los conceptos de exclusión, fragmentación e invisibilidad pueden ayudarnos a comprender algo de lo que sucedió la semana pasada en Córdoba, o al menos a trazar una radiografía inicial del saqueador/a de clase media.

Excluidos

La pobreza es cada vez menos carencia material y cada vez más segregación simbólica, exclusión de membresías, imposibilidad de participar en la vida política, económica, cultural, social y de espaciamiento de la ciudad donde uno vive.

Dicho de otro modo, la pobreza es cada vez menos “no tener” y cada vez más “no poder hacer”. En términos relativos, esta nueva forma de pobreza puede definirse como la distancia entre lo que me prometen y lo que efectivamente puedo conseguir.

Del lado de la promesa, están los derechos humanos, la democracia, el mercado, la posmodernidad y la globalización, entre otros.

Estas dimensiones se expresan a través de los gobiernos, los políticos, las organizaciones sociales, las publicidades, la televisión y todo el aparato de producción de promesas, imágenes e ilusiones que produce esta posmodernidad tardía y periférica.

Por estos canales nos dicen que tenemos derechos y que debemos exigirlos, que podemos consumir, ser felices y vivir en paz. Es lógico, así, que las expectativas de felicidad, de disfrute y de progreso que todos tenemos sean enormes.

Del lado de la realidad, sin embargo, las promesas no se cumplen, los gobiernos no conducen, los derechos no se efectivizan, las cosas no funcionan y los sueldos no alcanzan.

Del lado de la realidad, hay colegios que no enseñan, hospitales que no curan, policías que no protegen, colectivos que nunca llegan y celulares que no funcionan.

Suelo decirles a mis alumnos que hay “ciudadanos que no ciudadanan”, en otro intento un poco torpe de nombrar lo innombrable.

La distancia entre lo prometido y lo efectivamente conseguido es enorme. Día a día la brecha crece, se llena de bronca, de frustración, de resignación. Estos tres sentimientos están reemplazando a los tres sentimientos que antes dominaban al martirio de la pobreza: hambre, frío y miedo.

Fragmentados

En la Córdoba previa a la década de 1990, la cosa era relativamente sencilla. Había pobres, clase media y ricos. Los mecanismos de ascenso social estaban claros (estudio y trabajo) y los de descenso social, también. Además, quedaban algunos espacios de integración entre esas clases sociales.

La educación pública, la Iglesia, los deportes, los servicios públicos, la conscripción, las plazas, los parques y el centro eran algunos de los lugares donde los cordobeses de todas las clases sociales podíamos encontrarnos, o al menos vernos los unos a los otros. Las empleadas domésticas, los jardineros, los albañiles, los que nos hacían una changa, los que siempre venían “a pedir algo” o “a vender algo”, eran otros de los puntos de encuentro entre clases.

Poco a poco estos espacios se fueron privatizando, cerrando, endureciendo. La ciudad (y la sociedad) se fragmentaron. Hoy los niños de clase alta tienen más posibilidades de tener amigos extranjeros que amigos en el barrio del otro lado de la vía.

Los puntos de encuentro o de roce entre clases sociales son cada vez menos y sintomáticamente son esos los lugares donde más delitos ocurren.

Invisibles

Entre el 25 por ciento de cordobeses declarados pobres por los organismos oficiales y asistidos por planes sociales y el 25 por ciento de cordobeses quasi-ricos que tienen la vida resuelta porque

pagan todo dos o tres veces, existe un 50 por ciento de excluidos, fragmentados e invisibles. La simplificación es burda, pero lamentablemente no está muy lejos de la realidad.

Los excluidos no viven en villas de emergencia, no andan en un carro de caballos, ni golpean las puertas pidiendo comida o trabajo. Los excluidos viven en barrios, tienen casas con luz, agua y gas, y también tienen trabajo, mucho trabajo.

Los excluidos trabajan muchas horas al día, duermen poco y disfrutan menos. Se los puede ver como dormidos haciendo 20 minutos de cola para cargar una tarjeta, para luego esperar 40 minutos un colectivo que cuesta \$ 4,10 y que, de repente, hace paro sorpresivo.

Se los puede ver resignados haciendo cola a las 4 de la mañana en los hospitales públicos para sacar un turno para dentro de tres meses. Se los puede ver frustrados haciendo colas interminables para obtener servicios que son caros y malos, o aceptando como normal que cada tanto les roben la cartera, el celular o la bicicleta.

No se los ve marchando con sus gremios (no tienen), haciendo asambleas (los echarían al instante), cobrando planes sociales (no califican) o tomándose un fin de semana en las sierras para desenchufarse (no les alcanza).

Los excluidos juntan bronca de modo silencioso, imperceptible, casi natural, y son definitivamente invisibles a los ojos del Estado y del resto de los incluidos.

Eso sí, saquemos la amenaza del control policial durante unas horas y vamos a ver a los excluidos robando un pedazo de queso o una cerveza, tirando piedras para romper cualquier cosa o armados con palos dispuestos a golpear a otros excluidos.

Porque la bronca, la frustración y la resignación pueden no verse, pero que están, están. Y son los nuevos rostros de la pobreza.